

iguales, como se establecieron últimamente en el Estado de México, á todos los Estados del interior, reformando totalmente el sistema fiscal, de modo que resultaran toda especie de franquicias para los indígenas.

El gobierno, con mejores datos, podria decidirse tal vez por otra medida mas conveniente; pero insisto en recomendar como de la mas alta importancia, la necesidad de dictar reglas uniformes para regular el comercio interior, señalando el estado que hoy ecsiste como uno de los males mas insoportables que gravitan sobre nuestro pueblo. Sin atenderse á tan importante objeto, y refiriéndome al estado que guardan las cosas, ¿qué esportacion seria posible si los Estados impidieran la salida de determinados frutos de su suelo, ó los gravasen con derechos eshorbitantes, como está sucediendo actualmente con motivo de la carestía del maiz en el interior? Dejo este punto á la consideracion de los hombres pensadores, y me consuela la idea de que muchas de las personas respetables que conozco, están convencidas de lo necesario que es dictar con la mayor urgencia una resolucion enérgica y eficaz sobre este particular.

Me forza la naturaleza de este escrito á considerar la instruccion pública, este móvil sublime de la inteligencia de los pueblos, en sus modestas relaciones con la produccion, á demostrar que la civilizacion fecunda la tierra y multiplica los frutos, alivia el trabajo y derrama vivificante el bienestar y la riqueza.

No es de mi objeto presentar la instruccion en su correspondencia con la organizacion política de las sociedades; en Francia, la pluma bendecida de Girardin; en los Estados-Unidos, Pousin y Tocqueville, y entre nosotros el Dr Mora, y el nunca bastante llorado D. Mariano Otero, han dado una estension

admirable á sus consideraciones patrióticas y filosóficas sobre este punto. Todos estos escritores han demostrado que cualquiera buena organizacion social es quimérica, si no se funda en la instruccion.

Dice Girardin en la pág. 8.^a de su obra, sobre la Instruccion pública:

“Sin instruccion elemental ó primaria generalmente estendida, las formas representativas alarman todos los intereses, los hacen enemigos los unos de los otros, y no quedan satisfechos ningunos.

“La descentralizacion es imposible, cuando no hay una gerarquía de inteligencias.

“La centralizacion es incompatible con el régimen municipal, y no puede sostenerse contra el debate parlamentario.

“*La reforma de la industria agrícola, es una utopia si no se le pone en estado de luchar contra la rutina.*”

“*Cada progreso aparente de la industria manufacturera, es un paso que acelera su ruina.*”

Espliquemos.

“La industria agrícola permaneciendo estacionaria, no aumenta el número de consumidores, porque no disminuye el precio de las primeras materias: la industria manufacturera se atesta con sus mismos productos; esto indisponde á los proletarios contra el gobierno, y cada año crece el número de descontentos.”

He inculcado como principio fundamental de regeneracion, la actividad de nuestros elementos de riqueza, y la creacion de necesidades en la masa del pueblo.

No es necesario un espíritu observador muy desarrollado, para comparar los mayores rendimientos de una finca cultivada por la inteligencia, y otras por la ignorancia y la rutina; no es difícil conocer por qué una obra perfecta tiene mas aprecio en el

mercado que otra que no lo es; en todas partes, y bajo todas las formas, la inteligencia tiene un precio, la inteligencia es el mas productivo de los capitales. Voy á valerme de una observacion tribalísima.

Recorriendo los magueyales de nuestras haciendas, ramo de riqueza considerable, he reflexionado en que la industria para extraer el agua-miel, está lo mismo que ahora doscientos años; un indio con un cuero á la espalda se encarga de la *raspa* de una *tanda* de magueyes: aplica el *acocote* (tubo irregular que tiene dos agujeros en sus estremidades) al maguey, y absorbe el líquido; esta tarea costosa es muy dilatada, muy sucia; yo he dicho: si se hubiera inventado una bomba manuable para extraer el líquido; si en vez del cuero que lleva ese hombre á la espalda condujera un barril en un carrito portátil; si la bomba tuviese una prolonga de goma ú otro material que comunicara el maguey con el barril, esta operacion seria muy poco costosa, y lo que hoy hacen diez *tlachiqueros* lo harian despues dos, el raspador y el bombero.

Pero este pensamiento me vino del conocimiento que poseo del uso de la bomba; de haber visto con una geringa operaciones análogas; en una palabra, de la civilizacion.

Este ejemplo material, y tal vez ridículo, en una escala mas en grande prueba esta verdad: la instruccion es un elemento productivo.

El modo de hacer estensiva esta instruccion, es la gran dificultad: primero, porque los hábitos le oponen una tenaz resistencia; por la miseria de las municipalidades, y sobre todo, por la influencia del personal del clero, y reservo esta cuestion para el último punto, para tratarla con mayor estension; pero en mi juicio es la primera y de mas alta importancia.

La influencia de los hábitos es tan poderosa, que entre los indios especialmente, ven como un mal que sus hijos vayan á la escuela; porque aunque muy rudos, comparan entre la utilidad que les resulta de que su hijo leñee, cuide los bueyes ó los burros, ó trabaje en los mas miserables destinos de una hacienda, ó que vaya á la escuela donde en realidad nada aprende.

Como el indio no percibe las ventajas materialmente de que su hijo se eduque, y como esta educacion constantemente queda incompleta, la escuela le repugna, la evita como un castigo que se le impone. Y nos referimos á los pocos lugares en que hay escuelas; ¿pero no se sabe que estas son escasísimas? ¿Puede apreciar la educacion quien la desconoce totalmente?

Esta ignorancia es tanto mas perniciosa en la clase agricultora, cuanto que aunque el amo de una hacienda quiera introducir una reforma, el espíritu de rutina se opone con obstinacion: así hemos visto el mal écsito de los ensayos para la introduccion de las *máquinas de trillar, aventar, segar &c. &c.*, el *desprecio de los arados extranjeros, la sustitucion de mulas á bueyes; en una palabra, la resistencia á todos los adelantos europeos.*

La miseria de las municipalidades es otro grave obstáculo para el desarrollo de la instruccion; muchas de ellas no tienen ni para los gastos mas indispensables de policía, así es que, como se ha dicho en la introduccion, muchos, mas que pueblos parecen aduares de salvages.

La institucion municipal fué de las mas benéficas en su tiempo, cuando depositaba los primeros gérmenes del sistema representativo, y de la soberanía popular; tenia una organizacion particular que hoy es indispensable que se modifique, y siguiendo la opinion de Gerardin conforme á mi objeto, es preciso relacionar de un modo muy íntimo, la iglesia, la escuela y la municipalidad.

Los Estados-Unidos, segun Poussin, han comprendido en toda su estension este gran pensamiento, y como se puede ver en su obra (1), la instruccion está comparativamente mas estendida que en Francia; no obstante que es un pais en que se tolera el ejercicio de todos los cultos, confunden la religion con la enseñanza, haciendo que se socorran mutuamente.

Pero nosotros por causas independientes de analizarse en esta obra, con la estension que lo ha hecho el Sr. Otero en su *Cuestion social*, nos hallamos en la disyuntiva de afrontar esta dificultad con el clero, ó á pesar del clero, porque así lo reclama nuestra conservacion nacional.

Los que conozcan la situacion actual de los pueblos de indígenas, los que hayan presenciado las estorsiones del clero á esos infelices, los que como yo estén persuadidos de la ignorancia y de los pésimos ejemplos de muchos curas, con honrosas excepciones, á los pueblos, conocerán que ellos son un elemento de retroceso, de inmoralidad y de supersticiosa barbarie.

¿Quién no conoce las rifas de *ánimas* en los pueblos del Sur? ¿Quién no ha presenciado una *semana santa* en los pueblos? ¿Quién no sabe los pormenores de las familias de los señores curas?

Y no se diga que estas declamaciones son hijas de un espíritu demagógico, ó de la servil adopcion de los principios de la funesta escuela filosófica de los enciclopedistas franceses; no señor: el que esto escribe es cristiano de corazon, ha dicho muchas veces con Rodriguez: “El evangelio es mi sol:” y por lo mismo clamará siempre contra los abusos que manchan, que desfiguran y degradan al cristianismo.

Las estorsiones para el pago de diezmos y de derechos parro-

(1) Tomo 2.º, pág. 252 á 256.

quiales; la crueldad mas refinada cebándose en una familia en sus momentos de mas dolor y duelo; la presencia de un Sr. cura festivo y sin dignidad, siendo el hazme reir de un fandango, el mas galante con las damas, el doncel de los donaires, y el gallo de las bravatas, aquella mezcla de ignorancia y fanatismo de insolencia y de supersticion, de libertinage y de hipocresía: ¿quién no la ha visto? Yo escito á los cristianos mas sesudos de la frontera, y de los pueblos de indígenas, á que respondan.

Ya he dicho que en esto hay excepciones; yo conozco y venero sacerdotes ejemplares, dignos sucesores de Alcalde, de Quiroga y Portugal. Pero esto no es lo comun, y está en la naturaleza de las cosas.

Mal dotado el clero bajo, poco pingües é insalubres los pueblos de las sierras, las tierras calientes y la frontera, no se presentan á la oposicion de curatos hombres de civilizacion esmerada, y en este particular estamos como se halla el clero español, descrito con tanta verdad como esactitud, por los señores abogados Azcui-tia y Giron, en los términos siguientes:

“Nunca han faltado curas para las aldeas, hasta para las mas miserables, hasta para las mas apartadas de los centros de civilizacion, y ¿por qué? ¿Es quizá porque los sacerdotes sábios y virtuosos se disputan la honra de instruir en los preceptos de la religion á la gente inculta de las aldeas? No: es porque hay curas que en punto á ilustracion se quedan atras de muchos aldeanos: es porque hay curas, y no son pocos, para quienes la vida salvaje de un pueblo oscuro y retirado, es la vida que se adopta mejor á su educacion y á su carácter: es porque toda la carrera de un cura está reducida á tener una tintura de moral. Así muchos curas de aldea han salido de las aldeas mismas. Iguales en ilustracion á sus convecinos, han aprendido á leer mal el la-

tin, cosa nada estraña leyendo mal el castellano: han aprendido unas cuantas lecciones del padre Lárraga, sin tomarse el trabajo de comprenderlas, y se han visto hechos unos curas que para aldea bastan, segun la espresion de ciertos hombres que debian estar mas interesados que nadie en dar al clero honra y decoro. Esto, sin embargo, tiene sus escepciones: nosotros hemos visto sábios y dignos sacerdotes retirados á la oscuridad de una aldea, sin ninguna esperanza en su porvenir, mientras que otros que están al nivel de aquellos curas de aldea, cuya educacion hemos pintado, ocupan puestos distinguidos en el órden sacerdotal. Y bien: ¿por qué no se remedian estos males? ¿Por qué ya que la ignorancia no es un estorbo en los clérigos para optar á puestos elevados, no ha de ser la ilustracion necesaria en los que reciben la mision de formar para la virtud el corazon vírgen de los aldeanos? Se nos dirá quizá que esto es cambiar los frenos, y que aceptada esta base para la provision de los cargos sacerdotales, el ignorante se veria honrado, y menospreciado el hombre de talento; pero no es esto lo que queremos decir, no: nuestro ánimo ha sido hacer conocer, que todavía es mayor mal enviar á los curatos de las aldeas á clérigos ignorantes, que proveer en ellos esos cargos de dignidad, á donde solo debia llegar el mérito. La razon es bien sencilla: ¿para qué se necesitará mas ilustracion, mas fé y mas virtud, para desempeñar un canonicato, ó para desempeñar la cura de almas, especialmente donde sin un tacto esquisito logra la ignorancia sustituir á las sencillas máximas de religion y de moral, supersticiones groseras que tanto alejan al hombre del verdadero conocimiento de Dios, como la mas absoluta incredulidad? Por lo demás, harto conocemos que en la carrera del sacerdocio, si al sacerdocio podemos llamarlo carrera, de-

be haber como en todas, premios para el mérito y la virtud, olvidado, y solo olvido para la ignorancia.»

“Un cura en una aldea, sin el suficiente conocimiento de sus sagradas funciones, ó no se cuida de ellas, ó viene á ser el fomentador de creencias absurdas en la imaginacion, naturalmente supersticiosa, del hombre ignorante: así, pues, en medio de esta alternativa, preciso es optar por el primer extremo; preciso es aconsejar á esos clérigos de un poco de latin y unas cuantas lecciones de moral, que se reduzcan á dar el pasto espiritual á los fieles, sin cuidarse de la obligacion de educarlos; de fomentar su fé, de robustecer sus creencias, y de hacerles comprender cuán necesario es para la tranquilidad del hombre en esta vida el ejercicio de la moral evangélica. Nada de esto: los fieles ganarian mucho mas con no recibir lecciones de clérigos que las necesitan para sí. ¿No es triste, muy triste, tener que usar un lenguaje de esta especie? ¿No es mas triste aún que los pobres aldeanos estén por todos conceptos condenados á sufrir las penalidades de su ignorancia?”

“Pero ¿quiénes son, se nos dirá, los clérigos de saber que acepten por término de su carrera un pueblo oscuro y retirado donde ejercer su ministerio? ¿Pues qué, preguntamos nosotros, no ha habido en todos tiempos sacerdotes instruidos, honrados, del clero español, que han echado sobre sí espontáneamente y sin mas estímulo que la satisfaccion propia, la pesada carga de convertir infieles, de hacer conquistas á la religion, no ya en pueblos que por oscuros que sean dentro de nuestro territorio, sino en paises lejanos, cuyo suelo solo ha hollado la planta del salvaje, y donde al entrar se arrostra la muerte como si fuere allí contrabando la civilizacion? No buscamos, sin embargo, ni menos ecsigimos la heroicidad en las acciones; quédese esto para los que por su